

y cultural de ese colectivo concertado por Xavier Villaurrutia— o su vida de Ramón López Velarde, *Un corazón adicto*, documentada investigación en fuentes primarias que lo sitúan, junto con José Luis Martínez, Gabriel Zaid y José Emilio Pacheco, como uno de los especialistas más solventes de nuestra historia literaria. A Juan Villoro se deben un conjunto de crónicas animadas por la rapidez y la vivacidad, editadas con el título de *Tiempo transcurrido*, páginas juveniles y sobre jóvenes donde la sociología doméstica se alía con la parodia, la sátira y la ironía para rendir tributo a los ídolos de la cultura pop y rocanrolera tan pronto inspirándose en Julio Cortázar, tan pronto en Monsiváis y en José Agustín. A Villoro se le debe también un libro de viajes (*Palmeras de brisa rápida*) y un largo redoble ensayístico por Georg-Cristoph Lichtemberg, figura con la que lo une la inteligencia mordaz y la inventiva curiosidad. Otro germanófilo mexicano es José María Pérez Gay, quien en el *Imperio perdido* ha reconstruido ciertos paisajes intelectuales de la literatura germánica, vienesa en particular, a través de la evocación de escritores como Joseph Roth, Robert Musil y Elías Canetti, contemporáneos nuestros en virtud de la intensidad evocativa, la información y el trazo limpio de un ensayista que no desdeña ni la filosofía ni la sociología.

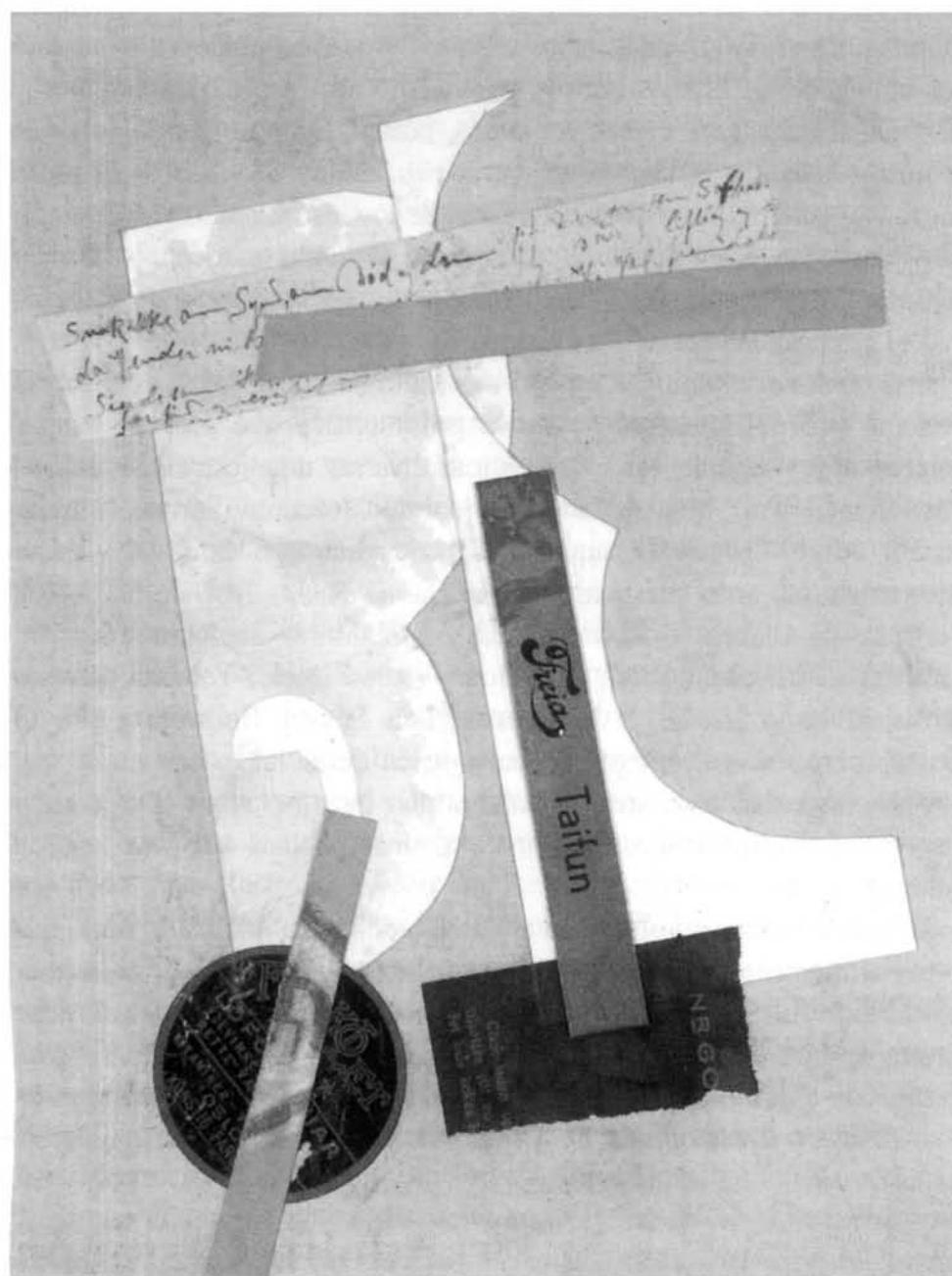
En el renglón de la historia literaria considerada como género, se impone la mención de algunos nombres, además de los evocados. Uno de ellos es el de Margo Glantz, que con la antología *Onda y escritura* bautizó a toda una generación de escritores —los nacidos después de 1940—. Glantz no sólo fue la madrina de la literatura de la onda: ha escrito numerosos ensayos sobre diversas épocas y personajes de la literatura mexicana, cuidando de no perder de vista ni de oído el diálogo con las corrientes críticas de la hora como el psicoanálisis y, en su momento, el estructuralismo. Son dignos de mención sus ensayos sobre Bernal Díaz del Castillo y, en particular, sobre Sor Juana Inés de la Cruz, cuyas *Obras selectas* preparó para la Biblioteca Ayacucho. Otro mexicanista e hispanista relevante es Sergio Fernández a quien se deben evocaciones críticas de escritoras y personajes femeninos como las recogidas en *Retratos del fuego y las cenizas*. También especialista en las letras mexicanas es Fabienne Bradu, autora de diversos ensayos sobre escritores (*Señas particulares*), de una biografía novelada de Antonieta Rivas Mercado, de un libro sobre Juan Rulfo y de una galería de *Damas de corazón*. También sobre escritoras mexicanas ha trabajado Martha Robles en *La sombra fugitiva*, otro espejo de la condición femenina escrita. Con amplio horizonte filosófico y ambiciosa recreación de la historia cultural, Jorge Aguilar Mora, también novelista, ha escrito dos libros polémicos y perdurables: *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz* y *Esta muerte sencilla, justa, eterna*, gran fresco

multánime de la Revolución mexicana, sus mitos y sus muertos, sus manipulaciones y fusilamientos. Sergio González Rodríguez es autor de ensayos sobre Salvador Novo y de libros como *Los bajos fondos* y *El centauro en el paisaje* (Premio Anagrama de Ensayo) donde el género se reinventa a través de una imaginación y donde el fragmento opera como principio ordenador. El novelista Federico Campbell también ha sabido proyectar su imaginación en la forma, y en *La invención del poder*, pero sobre todo en *La memoria de Sciascia*, *Máscara negra* y en *Post-Escriptum triste* ha sabido conjugar, tramar y declinar fragmentos ensayísticos y narrativos logrando ensamblar figuras sobre la aparente discontinuidad, como si fuese un artista del azulejo. Otra voz crítica resuelta es la de Christopher Domínguez, ensayista de diversos registros y de raza polémica, constructor infatigable de espejos críticos, más adicto al telescopio panorámico y al gran angular para captar conjuntos, como señala su *Antología de la narrativa mexicana* publicada en dos tomos, saldo y sinopsis de la prosa narrativa, genuina *summa* crítica y uno de los instrumentos imprescindibles para conocer en detalle y profundidad las letras mexicanas del siglo XX desde un ángulo recto que cruza historia y literatura en diversos radios circunstanciales.

Esta vuelta al mundo del ensayo mexicano en pocas páginas no sabría concluir sin dejar constancia de la prosa crítica que ensaya razonar impresiones y argumentos sobre las más diversas manifestaciones artísticas. Octavio Paz, Miguel Cervantes, Jaime Moreno Villarreal, Aurelio Asiain, Jorge Alberto Manrique, se han ocupado con amplitud y gusto diverso de las artes plásticas. Emilio García Riera, José de la Colina, Jorge Ayala Blanco, Gustavo García y José María Espinasa historian, ensayan y conversan sobre cine. Juan Vicente Melo, Yolanda Moreno Rivas, Eduardo Lizalde, J. A. Brennan, Luis Ignacio Helguera y Alberto Dallal sobre música, ópera y danza, y se da desde luego el caso de que los propios creadores tomen la palabra con fortuna, como el arquitecto Teodoro González de León, autor de algunas páginas que vale la pena retener.

Aunque a veces secuestrado en el Castillo de Barba Azul de la Academia o por el mercado negro del periodismo, el ensayo mexicano al promediar los años 90 no ha perdido del todo ánimo, temple polémico, curiosidad inventiva, aptitud formal ni amenidad conversada. Lo alimentan —para cerrar con el título de uno de sus más jóvenes exponentes: Fabio Morábito— *El viaje y la enfermedad*.

Adolfo Castañón



Kurt Schwitters:
Freia Taifun (1939)